

el vireinato, D. Matías de Galvez, por real cédula de 14 de Octubre de 1782. Pocos dias antes de hacer entrega del mando, envió una sentida carta á Carlos III, manifestándose pesaroso de que se hubiesen desaprobado algunas de sus providencias; de los agravios que se le habian hécho, de haberle tenido á mitad de sueldo como á virey interino, cuando los gastos habian sido iguales á los que tenian los vireyes propietarios, y precisamente despues de haber perdido todo lo que poseia en la ruina de Guatemala, causada por el horrible terremoto que destruyó la ciudad en 1775. Relevado del vireinato, Mayorga se embarcó para España, no dudando que el rey haria justicia á la lealtad con que le habia servido y que sus émulos habian tratado de oscurecer; pero habiendo enfermado en el mar, murió cuando el buque se hallaba casi á la vista de Cádiz. Su viuda, D.^a María Josefa Valcárcel, obtuvo que Carlos III mandase darle una indemnizacion de veinte mil duros.

CAPITULO XXII

Cuadragésimoctavo virey D. Matias de Galvez.—Bellas cualidades morales que le distinguian.—Su proteccion á las bellas artes.—Dota el monarca la Academia de Bellas Artes.—El virey mejora el estado de la ciudad.—Se refiere un hecho que revela su alma ajena á la vanidad.—Reaparece la *Gaceta*.—Ruidos subterráneos en Guanajuato.—Se envian algunas sumas de las cajas de municipalidad de los indios para el fondo de un Banco nacional llamado de San Carlos.—Número de coches que habia en la ciudad de Méjico.—Consumo anual de víveres que hacia la ciudad.—Muerte del virey.—Entra la Audiencia á gobernar.—Se incendia la fábrica de pólvora.—Rara epidemia.—Muerte de D. Martin Obregon, primer conde de Valenciana: su filantropía.—Cuadragésimonoveno virey D. Bernardo de Galvez, conde de Galvez, hijo del anterior gobernante.—Simpatias del pueblo hácia él.—Refresco que da el virey en la azotea del palacio en celebracion de haber ingresado de soldado un niño suyo en el regimiento de la Corona.—Hambre entre la gente pobre por la pérdida de las cosechas.—Empeño noble del virey en minorar los padecimientos del pueblo.—El virey concurre á los paseos públicos y diversiones como simple particular.—Edifica el virey en la cima de Chapultepec un palacio de recreo.—Se encuentra el virey con tres reos que conducian al patibulo y les perdona.—Mejoras materiales.—Muerte del

virey.—Gobierno de la Audiencia.—Quincuagésimo virey D. Alonso Nuñez de Haro y Peralta, arzobispo de Méjico.—Establecimiento de las intendencias.—Buen gobierno del arzobispo virey.

Desde 29 de Abril de 1783 hasta 17 de Agosto de 1787

1783. El nuevo virey D. Matías de Galvez tomó posesion del mando el 29 de Abril de 1783. Habia estado, como hemos visto, de presidente de Guatemala, y en el instante que recibió su nombramiento se puso en camino para la capital, donde fué recibido con singulares manifestaciones de aprecio. Era hombre sencillo en sus modales, franco, modesto y desinteresado. Hasta la elevacion de su hermano D. José de Galvez al Ministerio de Indias, habia hecho en España la vida del honrado labrador, cifrando sus placeres en las producciones del campo; pero favorecido por él, llegó á ocupar distinguidos puestos que desempeñó con probidad y talento, sin que le envaneciese el brillo del mando. Su entrada á regir los destinos de la Nueva España llegó á señalarse con un plausible suceso: con la noticia de la paz entre Inglaterra, España y Francia, recibida en Méjico á las 3 de la tarde del 7 de Mayo, esto es, ocho dias despues de haber empuñado el timon del Estado. No siendo ya precisa la aglomeracion de tropas cerca del puerto, pues habia desaparecido todo temor de invasion, entraron en Méjico el 17 de Junio, de vuelta de Veracruz, el batallon de milicias de Toluca y algunos otros cuerpos.

Libre el nuevo virey de las atenciones de la guerra, se

entregó á los ramos de administracion de justicia y de hacienda, procurando al mismo tiempo el progreso en las ciencias, las letras y las bellas artes. Amante de los adelantos de la juventud, visitó la Academia que su sucesor Mayorga habia favorecido, y quedó gratamente sorprendido al encontrarse con jóvenes verdaderamente aprovechados en la pintura y escultura. En ese útil plantel, no solamente estudiaban los hombres, sino tambien algunas jóvenes. El virey, para estimular á la juventud al estudio, repartia los premios en palacio, concurriendo á él los discípulos de la Academia. A una mujer llamada D.^a María Cruz de la Espada, se le adjudicó uno de los premios el dia 1.^o de Noviembre, en que se repartieron. Satisfecho el gobernante de los buenos resultados que daba el benéfico plantel y del talento de los que se dedicaban al estudio en que inmortalizaron sus nombres Miguel Angel y Rafael, escribió al monarca excitándole á que lo tomase bajo su proteccion, enviase los mas diestros profesores de España en pintura, escultura y grabado, y lo colocase al nivel de la Academia de San Fernando, de Madrid. D. Matías de Galvez vió realizados sus nobles deseos. Cárlos III, que amaba las ciencias y las bellas artes, obsequió gustoso la solicitud del virey, y dotó al establecimiento con nueve mil duros anuales sobre las cajas reales de Méjico, cuatro mil de temporalidades, y en defecto de este fondo, sobre vacantes mayores y menores. Las notables esculturas, de colosal tamaño algunas, y todas de relevante mérito que enriquecen actualmente la Academia de San Cárlos, en Méjico, y que llamaron justamente la atencion del sabio baron de Humboldt, fueron envia-

das por el monarca español, gastando en ellas mas de sesenta mil duros. «Cárlos III», dice el laborioso escritor mejicano D. Cárlos María de Bustamante, «mostró en esta vez su munificencia que le hará eterno honor». Los profesores que se hallaban al frente de ese noble establecimiento correspondian dignamente, con su saber, al mérito de los modelos enviados. Por esta proteccion que el virey D. Matías de Galvez dió á las bellas artes en Méjico, se ve colocado su retrato en la sala de juntas de la Academia.

No manifestó menos empeño el instruido gobernante en el embellecimiento de la ciudad, que en el adelanto del saber y el cultivo de la inteligencia. Amante del aseo y las mejoras materiales, hizo limpiar todas las acequias y empedrar las calles, presentándose con frecuencia en los sitios en que se habian emprendido las obras, á fin de que con su presencia se activasen los trabajos.

Un hecho de este virey deja conocer la sencillez y pureza de su noble corazon. En uno de los dias que acompañado de varios caballeros presenciaba en la calle de la Palma la actividad de los que la empedraban, pasó á su lado un hombre del pueblo vendiendo pieles de gamuza. El gobernante le llamó y se puso á hablar con él sobre el modo de adobarlas. El vendedor le expresó el sistema que tenian, y el señor Galvez, encontrándolas excelentes y suaves, dijo volviéndose á los suyos: «Son mucho mejores que las que yo usaba en Macharaviaya cuando cultivaba mis campos.» No habian ensoberbecido su noble corazon los honores ni el mando. Recordaba con ternura los dulces años de su juventud pasados en la vida cam-

pestre, y juzgaba como una honra haber pertenecido á la clase agricultora.

1784. Bajo la dirección del modesto virey, todos los ramos de la riqueza pública recibieron impulso. La paz y la abundancia reinaban por todos los ámbitos de la Nueva-España, y ningun acontecimiento desgraciado interrumpia la serena marcha de la nave del Estado. Nada conmovedor ni extraordinario habia que referir, y un periódico político y de noticias hubiera muerto en medio de aquella tranquilidad, cuando su vida depende de los sucesos palpitantes, inesperados y de sensacion. Sin embargo, el dia 14 de Enero de 1784, empezó á publicarse la «Gaceta de Méjico,» en la imprenta de D. Manuel Valdés, que era á la vez el editor, y al cual se le habia concedido privilegio exclusivo para su publicacion. En la concesion hecha, se le prevenia que destinase parte del periódico para las materias relativas á posesiones geográficas y de historia natural. Esta Gaceta reemplazó á la que habia publicado Sahagun, que llevaba algun tiempo de haber dejado de ver la luz pública.

La nueva publicacion, sin embargo, podia empezar con un punto entonces de interés y alarmante para la sociedad. El dia anterior, esto es, el 13 de Enero, se habian escuchado en Guanajuato, espantosos ruidos subterráneos que esparcieron el terror en los habitantes de la poblacion y de los alrededores de ella. Era la vez primera que se oian aquellos horrorosos bramidos que lanzaba la tierra en su profundo seno, y la gente, aterrada, temiendo ver destruida la ciudad por un terremoto ó por la erupcion de algun volcan que apareciese, abandonaba sus ca-

sas, y salía huyendo buscando en lejanos puntos la seguridad á la vida. Por espacio de ocho dias estuvo la tierra lanzando sus espantosos bramidos, sucediendo á ellos la calma y el silencio, sin haber resultado ninguna otra novedad. Viendo que el peligro habia desaparecido, los habitantes de la ciudad volvieron á sus casas, sin que despues se hayan repetido los ruidos subterráneos.

En esos dias se recibieron órdenes del gobierno para el establecimiento de un banco nacional llamado de San Carlos, pidiendo fondos á las cajas de municipalidad de los indios, que debian percibir las utilidades que les pertenecian como accionistas. El autor de la creacion del banco de San Carlos fué el conde de Cabarrus, que habia adquirido gran reputacion de hombre entendido en asuntos de hacienda; habia desempeñado varias misiones importantes en Francia y en Holanda, y cuyo nombre era respetado entre los economistas europeos. Apoyado su pensamiento por el ilustre ministro Jovellanos; notable como literato, juriconsulto, poeta, economista y anticuario, aceptó el monarca la idea, y el banco quedó establecido. Todos se esperaban brillantes resultados de su creacion, teniendo como garantía de su buen éxito, la reconocida capacidad de los autores del pensamiento. Por lo mismo, en Méjico, al pedir, como he dicho, el gobierno de Madrid los fondos de las cajas municipales de indios, las parcialidades de San Juan y Santiago se apuntaron con veinte mil duros que situaron libres de costas en España, no dudando que las utilidades corresponderian á las esperanzas, y nombrando por su apoderado al ilustre Jovellanos. Diez y nueve mil veinticinco duros enviaron en los mismos términos, se-

enta y tres pueblos de Oajaca, y Tepeji de la Seda envió ocho mil. Los resultados que se esperaban del establecimiento del banco, estuvieron muy lejos de corresponder á las lisonjeras esperanzas concebidas por sus fundadores. Los cálculos de los dos apreciables economistas fallaron, y el banco quebró al cabo de algun tiempo.

Al mismo tiempo que se hacia el envío de esas cantidades para el fondo del banco, el virey continuaba sus obras de bien público en la ciudad, sin descuidar los demás ramos de la administracion. Méjico se presentaba hermosa y rica á los ojos de los que la visitaban. Seiscientos treinta y siete coches estaban en uso diario en ese año de 1784, segun la denumeracion que se hizo, y no hay duda que ese número habla mucho en favor de las comodidades que disfrutaba aquella sociedad, si se tiene en cuenta el crecido valor que entonces tenian los carruajes, muy especialmente en América. La vida de la poblacion en general, podrá calcularse por algunos de los efectos de consumo que entraron en la ciudad en ese mismo año. Por las acequias de la Viga y San Lázaro, llegaron á entrar 52,385 canoas de diversos portes con variedad de frutos; y por las demás puertas de la ciudad, 26,879 carneros: 53,086 cerdos: 12,286 toros: 883 chivos: 38,825 cargas de cebada: 2,788 de garbanzo: 10,554 de alubia, llamada frijol; y 780 de arroz. No entran aquí otros muchos renglones de gran consumo en aquella capital, como son la verdura, de que se hacia un consumo anual de 180,000 cargas poco mas ó menos; la harina que no bajaba de 120,000 cargas; las aves que era en número considerable, pues solamente patos se consumian doce mil

docenas, el azúcar, la miel, la leche, y otro considerable número de renglones de no menos consumo que los expresados.

Cuando el empeñoso virey se ocupaba en embellecer la capital de la Nueva-España y en dar impulso á la Academia de bellas artes no menos que á los demás planteles de enseñanza, se sintió malo de su salud y marchó á vivir á Tacubaya, punto pintoresco próximo á la capital y de excelente temperatura, con el objeto de restablecerse; pero anciano y achacoso, vió que se aumentaba su mal, y el 27 de Setiembre volvió á la ciudad, en una litera llevada en brazos de diez y seis indios que se iban remudando con otros diez y seis, y caminando muy despacio por la gravedad en que se hallaba el enfermo. El 20 de Octubre, conociendo que se acercaba su muerte, dispuso que la Audiencia se encargase del gobierno, y el 3 de Noviembre, á las nueve de la noche, falleció dejando grata memoria de su administracion. Obsequiando las disposiciones que habia dejado en su testamento, se le enterró en la iglesia del colegio apostólico de San Fernando, en cuyo presbiterio se colocó su sepulcro.

No habiendo pliego de mortaja que señalase sucesor en el mando, se hizo cargo del gobierno la Audiencia, quedando por capitán general su regente D. Vicente de Herrera.

El 19 de Noviembre, diez y seis dias despues del fallecimiento del virey Galvez, se incendió la fábrica de pólvora de Santa Fé, por la cuarta vez en menos de seis años. Cuarenta y siete fueron los operarios que perdieron la vida en la explosion hecha, y catorce quedaron grave-

mente heridos. La Audiencia socorrió á las familias de los desgraciados, y el monarca aprobó la conducta de ella.

1785. A esta desgracia, siguió en 1785 una epidemia de dolores de costado que causó muchas víctimas, y poco despues otra á la que el vulgo dió el nombre de *bola*, mucho mas temible que la primera, por ser contagiosa. Bastaba recibir al hablar el hálito de un infectado, para contraer la enfermedad. De esta terrible epidemia fué víctima D. Martin Obregon, primer conde de Valenciana, uno de los hombres mas ricos y filántropos que habia en la Nueva-España. Su noble afán en socorrer á los menesterosos, produjo su muerte. Habiendo entrado en su coche, se acercó á la portezuela un desdichado á pedirle limosna: D. Martin Obregon sacó una moneda de plata y se la dió: el aliento del pobre, que sin duda estaba enfermo, le transmitió el mal, privándole de la vida á los pocos dias. Su muerte causó profunda pena á cuantos le conocian; pero muy especialmente en Guanajuato, donde residia. Motivos tenia la poblacion para lamentar su pérdida, pues no se ocupaba mas que en ejercer la caridad en la clase menesterosa. Doscientos duros repartia diariamente de limosna entre las familias pobres y honradas, pero sin hacer ostentacion de su caridad, sino de la manera mas secreta posible. No podia hacer uso mas noble de los inmensos tesoros que le producía su inagotable y abundante mina llamada «Valenciana.»

Cuadragésimo-
noveno virey
D. Bernardo de
Galvez,
conde de Galvez, El 17 de Junio de 1785 llegó á Méjico el nuevo virey D. Bernardo de Galvez, conde Galvez, hijo del gobernante del mis-

hijo del anterior gobernante Galvez. mo apellido que le habia precedido en el mando, y sobrino del ministro de Indias. Su persona era muy conocida ya en Méjico, pues quince años antes habia vivido en la capital, con escasa fortuna, y en ella recibió los primeros grados en la milicia durante el gobierno del marqués de Croix. Valiente y pundonoroso, se distinguió haciendo la guerra á las tribus bárbaras de Chihuahua, y nunca se notó en él la menor falta en el servicio. Pero si conocida era su persona, mas lo era su nombre. Las victorias alcanzadas contra los ingleses en la gloriosa campaña de la Mobila y Panzacola, habian inmortalizado su apellido, y en todas partes se pronunciaba con entusiasmo. Rodeado de esta aura popular y del prestigio que le daba el valimiento de su tío, llegó á la capital, donde fué recibido con indescriptible entusiasmo y muestras de sincero aprecio. Joven, simpático, franco y generoso, se hacia querer desde el momento que se le veia y mucho mas desde que se le trataba. Fué con él su esposa D.^a Felicitas Saint Moxent, natural de Nueva-Orleans, joven de hermosa presencia, y no menos amable y sencilla que bella. D. Bernardo de Galvez se hallaba de gobernador de la Habana cuando acaeció la muerte de su padre, y el nombramiento de virey de la Nueva-España lo recibió estando desempeñando aquel elevado cargo.

Como el nuevo gobernante habia sido conocido en Méjico cuando su posicion social era poco desahogada, no faltaron algunos malignos que quisieron mortificarle recordándole su pasado para que no se envaneciera con su presente. Con este objeto colocaron un pasquin en pala-

cio y en otros puntos el 9 de Agosto, excitándole á que gobernase con acierto. Pronto, sin embargo, vieron con satisfaccion, que á sus glorias militares podia agregar la de buen gobernante, y al picante pasquin en que se le recordaba lo que fué, le siguió otro satisfactorio para él, aunque no para el inspector que marchó en su compañía, quien, por su carácter algo áspero, alejaba las simpatías del público, aun cuando era conocida su probidad (1).

Nunca virey ninguno se hizo mas popular que el joven conde de Galvez. Amigo de su libertad y enemigo de la esclavitud de la etiqueta á que están precisados los hombres que gobiernan, se presentaba en el paseo y en los parajes públicos con su esposa, guiando los briosos

(1) Aunque esos pasquines, como todos los pasquines del mundo, carecen absolutamente de mérito literario, quiero darlos á conocer, porque ellos muestran la opinion del pueblo respecto de sus gobernantes. El primero decia así:

Yo te conocí Pepita
Antes que fueras melon,
Maneja bien el baston!
Y cuida la francesita.

El último pié es aludiendo á su esposa. El segundo estaba concebido en estos términos:

El virey muy bueno,
La vireina mejor,
El inspector el diablo,
Y su mujer... ¡peor!

Se refiere el último verso, no á la honra de la persona, sino á su carácter, que, como el de su esposo, era poco amable.

caballos de su ligero y abierto carruaje, llenando de entusiasmo al pueblo, que prorumpia en vivas al gobernante y su bella consorte.

Considerando la carrera de las armas como una de las mas honrosas, y con el fin de estimular á que la siguieran los jóvenes pertenecientes á distinguidas familias, el 12 de Octubre de 1785, inscribió á su hijo, tierno niño aun, de soldado raso en la compañía de granaderos del regimiento de la Corona. Para solemnizar el acto de haber entrado á formar parte del ejército, el virey dió por la tarde un espléndido refresco á toda la oficialidad y á la compañía de granaderos, en el salon de besamanos, haciendo que sirviesen otro no menos abundante á diversas clases de la sociedad en la azotea de palacio donde se habian colocado vistosas enramadas (1). En la mañana de ese mismo dia, antes de disponer el refresco, se verificó en la catedral la ceremonia de bendecir cuatro banderas del regimiento de la Corona. La bendicion la dió el arzo-

(1) D. Lucas Alaman y D. Carlos María de Bustamante refieren este hecho de otra manera. Dice el primero que «para solemnizar el suceso dió una merienda á todo el regimiento sobre la azotea del palacio, andando durante ella el niño en manos de los soldados.» El segundo se expresa de la manera siguiente: «¿Qué es esto?» exclama, «de hacer un convite en la azotea de palacio á los militares del regimiento de Zamora para celebrar el acto de sentar plaza de soldado el hijo primogénito del virey, andando de brazo en brazo entre los soldados y granaderos de aquel famoso regimiento.» Yo he creído acertado seguir, como lo he hecho, al cabo de alabarderos D. José Gomez, que presencié el acto y lo dejó referido en sus apuntes manuscritos. «Este dia,» dice, «se estrenó el niño del Sr. virey conde de Galvez de granadero de soldado raso, llamándose D. Miguel de Galvez. En este dia se vió una cosa bien memorable, y fué que dió el Sr. virey un refresco general á toda la oficialidad en el salon de

bispo Nuñez de Haro, con asistencia del virey y la vireina. En esta bendicion no se pusieron los sombreros los oficiales al Evangelio; pero sí sacaron las espadas.

A la satisfaccion disfrutada en la bendicion de banderas y en la fiesta dada por haber entrado en la carrera de las armas el hijo del gobernante, siguieron bastantes dias de amargura y de aficcion. Las heladas, anticipándose á la estacion, habian destruido todas las sementeras de maíz, y el hambre se dejó sentir bien pronto entre la clase indígena y pobre, para quien aquel grano es, como ya tengo dicho, el principal alimento. Sorprenderá sin duda ver que, en un país exuberante, de feraces y extensos terrenos, donde la naturaleza se manifiesta pródiga en premiar los afanes del labrador, se hayan repetido, con demasiada frecuencia, entre la clase mas infeliz, las dolorosas escenas de hambre que referidas quedan. Sin embargo, nada hay mas fácil de explicar que la aparicion de esa calamidad entre la clase indígena, en medio de feraces campiñas, cuya tierra virgen rinde fabulosas cosechas con solo un insignificante cultivo. El respetable baron de Humboldt ha manifestado, con notable acierto, su causa, y no haré mas que transcribirla para que el lector la vea expresada por una pluma competentemente autorizada. «Los

besamanos, y á la compañía de granaderos de la Corona. En la azotea se hizo una enramada en que se le dió de refrescar á multitud de gentes de todas clases. Este dia me tocó á mí José Gomez y á D. Joaquin del Castillo, el sitial con el Sr. virey en la catedral.» Como se ve, el refresco dado en la azotea fué para los particulares y no para el regimiento; y el presentado no á este, sino á la oficialidad y á la compañía de granaderos únicamente, y se verificó en el salon de besamanos.